

VI

Luisito, un día tras otro, va adaptándose á la vida del colegio, y las nostalgias de una época pretérita, muy cercana aún, se entibiaban y casi se desvanecían en su alma. Sólo algunos hechos eran evocados por él constantemente, deleitándose ó tal vez sufriendo con su recuerdo.

Tenía largos momentos de reflexión y de silencio en los que, entre sus amigos, aparecía como abstraído. Otras veces se dedicaba á una muda contemplación de todas las cosas. En el estudio, mirando vagamente los mapas, soñaba con viajes maravillosos al través de los mares azules, trasponiendo cordilleras que se representaban por líneas color sepia, onduladas con un suave claroscuro; navegando por lagos, que eran una pincelada zarca, rotunda, sobre el tono más débil, que representaba á las tierras... Le parecía fácil atravesar el mundo, hacer un viaje á todo su alrededor, un viaje pródigo en aventuras, que eran unas veces dramáticas y otras

divertidas... Y así llegó al Polo Ártico y descendió al Antártico, cruzó la gran planicie nevada de Siberia, navegó en un témpano y cabalgó en un camello por las vastedad abrasada del desierto africano.

El mapa-mundi, destacándose de la pared, enjalbegada con una cal nívea, alteraba de este modo su imaginación y la conducía por los países del ensueño, hasta que el padre Rosell, desde el sitial, mirándole con malicia, le requería con burlona mímica para que volviese los ojos al libro, abierto desmayadamente sobre el pupitre del alumno.

Y por un momento la reprensión le tornaba á la realidad y suscitaba en lo hondo de su espíritu un movimiento de rebeldía. Entonces sentía un raro impulso sanguinario y se fijaba en el tintero como en un proyectil que poder arrojar sobre el padre; en las plumas que, como flechas, podrían clavarse en la odiosa faz rasurada. Sentía, sobre todo, un ansia fuerte de libertad y contemplaba las ventanas del estudio que daban á un patio, considerando la posibilidad y las consecuencias de un salto que, por último, diputaba imposible... Al fin se conformaba ideando largos y complicados planes de venganza, é imaginativamente sus manos iban oprimiendo la garganta del padre Rosell hasta que el rostro sonrosa-

do tomaba una entonación violácea que concluía en una lividez cadavérica, y cerraba los ojos para vivir la ficción, para emocionarse con su crimen imaginario: casi creía percibir la frialdad de muerte del padre que, rígidamente, envuelto en la sotana fúnebre, yacía á sus pies... Y un leve siseo, un aviso del padre, conseguido golpeando la mesa con los nudillos, le devolvían nuevamente á lo real... En ocasiones, con los ojos fijos en el libro, permanecía largo tiempo ensimismado, sin que el rumor de los diálogos furtivos, las risas sofocadas y el chirrido de las plumas sobre el papel le distrajesen; entonces la vida del estudio, el alma murmuradora de aquella sala grande, luminosa, de blancas paredes y alto puntal, llena de chiquillos inquietos, no hablaba á su alma sensible é intuitiva, alma de niño precoz, alma interrogadora estremecida por un hálito de curiosidad y de enigma.

Un detalle mínimo, un libro que resbalando de un pupitre cayese sonoramente al suelo; una risa mal contenida, desgarrando el silencio del estudio; un insecto que, portando una cola de papel, cruzase de uno á otro lado del salón con la música chirriante de sus alas, era, á veces, lo bastante para distraerle... Pero otras veces eran tan intensos sus éxtasis, que sólo la mano pulida y agresiva del padre Rosell lograba retraerle de ellos.

La capilla parecía lugar propicio para sus meditaciones. De rodillas, con los codos apoyados en el reclinatorio y la barba entre las manos, contemplaba el altar, con sus cuatro cirios de llama de oro y sus columnas de fustes retorcidos, donde las luces se reflejaban temblorosas. En medio, sobre el sagrario, se levantaba la imagen de Jesús con el radiante corazón en medio del pecho, y las manos céricas, suaves, en actitud de llamamiento cariñoso, de inefable atracción, trucidadas, mostrando dos llagas dulcísimas de un color tan grato que, más que llagas, parecían dos pétalos de rosa ó dos rubíes de gloriosa limpidez...

Á entrambos lados del altar, sobre dos grandes espacios de pared, había dos lienzos trágicos, que representaban el martirio de algunos padres misioneros: eran dos lienzos de pintura chillona é ingenua, y poseían el encanto de lo primitivo y de lo santamente trivial. Con un ocre intenso, el pintor había marcado un medio punto por bajo del cual surgía la mancha azul, de un vibrante azul, del cielo, en la que detonaban con un verde violento algunas palmeras, y sobre la tierra calcinada, batida por el sol, unos hombres cobrizos iban decapitando á los padres misioneros que, con las manos orantes, ofrecían su cuello á los verdugos ó, por última vez, elevada la frente al firmamento, tenían desde la tierra el

último suave coloquio con el Señor, por cuya fe morían y por cuya gracia regaban con su sangre el suelo de la India... Luisito sentía un gran desasosiego frente á los lienzos trágicos, y tan pronto reconocía la sublimidad del sacrificio de los misioneros, como se asombraba del poder hercúleo de los brazos cobrizos que de un solo golpe segaban la cabeza de un santo... Poco á poco iba acostumbrándose á la contemplación de los cuadros y las cabezas cortadas y los regueros de sangre perdían su fuerza de medrosidad y aniquilamiento... Le parecía fácil matar y le parecía fácil morir; pero no acababa de decidirse entre ser indio homicida ó santo misionero mártir.

Las lecturas matinales, en la capilla, eran, por lo general, como los cuadros: trágicas y luctuosas. Luisito escuchaba, con gran recogimiento, los conceptos de la *Preparación para la muerte*, por San Alfonso María de Ligorio, y las consideraciones sobre el infierno le mareaban como un vaho de azufre y le amedrentaban. Luego la misa le distraía, haciéndole envidiar á los condiscípulos de más edad que la suya, que ayudaban al sacerdote, haciendo resonar alegremente la campanilla y mudando el misal con gran desenvoltura.

Fuera de sus instantes de meditación y de añoranza, era el chiquillo alocado y temerario de

siempre. En las clases era su voz la más irrespetuosa y su risa la más dominante. Persegua con verdadera saña á los niños juiciosos, y las hojas de sus libros iban proporcionándole material para sus proyectiles; hacia uso frecuente de los alfileres y de la tinta para molestar á sus compañeros; sentía un odio infinito por las plumas nuevas y rompía con un fuerte golpe sobre los pupitres cuantas hallaba á mano. Á veces Mergault le amonestaba:

—Eres muy malo, Luis.

—¿Por qué?

—Te gusta mucho hacer daño.

—Es que soy valiente.

—¿Valiente?

Y Mergault le interrogaba de este modo:

—¿Te hizo algún daño la paloma que mataste de una pedrada el otro día?

—Sí; era muy fea.

—No seas loco. Acuérdate de Raúl y no seas malo; no tengas esos sentimientos...

Luisito, sin contestar, al fin sonreía. Era muy amigo de Mergault; sólo éste le había inspirado confianza; sólo éste había merecido conocer su secreto; pero Julián Mendoza le gustaba más para la realización de sus ideas violentas, para las aventuras arriesgadas. Con Julián, en el gimnasio, aflojaba los barrotes de las escaleras y

cortaba las cuerdas de las argollas y los trapecios para que, al menor empuje, rodasen por el suelo los gimnastas; con Julián hería los árboles de los patios é inundaba de agua los hormigueros, y con Julián y sin éste, por el más escaso motivo, desafiaba á los condiscípulos, proponiéndoles duelos en condiciones mortales.

Pero siempre era Rafael Mergault el que escuchaba sus confidencias, sus confesiones de Don Juan prematuro.

—Ya sabes—le decía,—ya te lo he dicho: es alta y blanca...

—Sí, ya lo sé...

—Nunca riñe; cuando me besa...

Y proseguía su charla incoherente de enamorado:

—La mamá de Lucía es muy linda, es como una santa; tiene una voz muy suave... Da gusto oirla... Cuando te da un dulce con sus manos te parece más dulce...

—¿Y ella te quiere mucho?

—No sé si me quiere, pero yo la quiero más á ella... Cuando me besa no sé lo que me ocurre...

Y pasan así para Luisito los días largos, eternos, del curso. De tiempo en tiempo, con grandes intervalos, viene á verle su padre. Él, antes

que nada, antes que por la suya, le pregunta por la madre de Lucía y de Raúl. El padre le responde:

—Está bien, muy bien... Te manda muchos recuerdos.

—¿Y Raúl? ¿Y Lucía? ¿Y Sarita? ¿Y mamá?

El padre le responde, habla un rato, le besa en la frente, le encarece que sea bueno y estudioso y se va...

Los álamos, los castaños de Indias han reverdecido... Las acacias se han cubierto con la pompa olorosa de sus flores níveas... Las mañanas son radiantes, los patios están llenos de sol... Es la primavera. Los colegiales están contentos. Ha venido Mayo y Mayo trae los exámenes y la libertad... Los jarrones de la capilla tienen ahora ramos de lilas, de rosas y haces de lirios blancos. En el coro los alumnos alzan sus voces en loor de María. Es el mes de María, es el mes de las flores: las tardes son tibias, el sol es dorado y azul el cielo, divinamente azul... El armónium, de voz grave y cariñosa, de resonancia larga y melancólica, acompasa las voces infantiles, que son trino y plegaria voluptuosa, que son súplica y son himno; acompasa las voces infantiles, las voces claras como el roto cristal de las fuentes, agudas como flechas de luz que cruzan el diáfano ambiente para hendir la gloriosa bóveda

azul... Es la primavera. Es Mayo. Mayo ha traído las lilas, las rosas, los lirios blancos y la libertad.

En las mañanas de sol, en las tardes inflamadas de luz y de perfume, mirando al jardín florido unas veces y á los libros otras, Luisito piensa, sueña y estudia. Y en el recreo, en la hora vespéral, bajo una acacia en flor, suele repetirle á su amigo:

—Es alta y blanca... Cuando me besa...

VII

—¿Tan mal se encuentra la señora?

—¡Oh! Sí, muy mala; esta tarde le harán, por fin, la operación.

—¡Pobrecita, perder una pierna, tan joven!

—Ya ve usted, un hogar como éste, tan feliz, y de pronto... Yo cuido del pequeño; ayer nadie se acordó de darle su sopa...

—¡Triste caso!

Por la casa, las gentes extrañas discurren aceleradas, disponiéndolo todo. Sarita ha sido enviada afuera con unas amigas, y el padre, bajo el tremendo golpe, permanece, sin querer oír nada, en un mutismo de resignación ó impotencia, que los doctores, tras una larga exposición de la certidumbre de muerte, caso de no correr el riesgo de operarla, que ofrece remotas esperanzas de vida, han querido interpretar como permiso, y se refugia en las habitaciones apartadas. Los doctores son cuatro, y uno de ellos, el más anciano, habla imperativo á los demás. En la estancia in-

mediata á la ocupada por la paciente va alineando encima de una mesa, después de pasarlos por la llama azul de un mechero, multitud de instrumentos plateados: pinzas, largas tijeras, sondas, sierras, aparatos extraños, casi indescriptibles. Luego, los doctores han penetrado en la habitación de la enferma, quedándose allí mucho rato, una inmensa hora. De vez en vez, uno de ellos sale rápidamente llevando algunas gasas ensangrentadas, y su mirada fría no ha tenido un solo valor afirmativo para las miradas interrogantes... Al fin, el anciano ha traspuesto el umbral, secándose las manos con una toalla, y dos de sus compañeros han sacado, envuelto en paños, un bulto largo y fofo de carne muerta. Pasada otra hora, el esposo y algunos visitantes han entrado en la habitación.

—¡Sara, Sara!...

La voz varonil está llena de lágrimas, y á la voz enronquecida de angustia responde la voz extenuada, sombra de aquella voz, antaño reidora:

—No te emociones... Mira qué tranquila yo estoy... ¡Ay!... Todavía me duele la pierna... el dedo pequeño... ¡Ay!

Las manos, albas y transparentes, surgen del embozo y se tienden sobre las sábanas acusando un vacío... En el silencio se perciben los sollo-

zos del esposo y el bisbiseo compasivo de los visitantes.

La voz acongojada y lenta susurra:

—Yo no te quiero ver así... Ya pasó todo. Con mi pierna fingida nada se me ha de notar. El médico me ha dicho que andaré mucho mejor que antes.

Sonríe con sonrisa atribulada y súbitamente pregunta:

—¿Le telegrafíaste á mamá?... Es preciso que ella no lo sepa todo; es necesario ocultárselo siempre.

El esposo sufre un colapso, y varios amigos le sacan de la habitación, mientras una señora le frota la cara con un paño humedecido de vinagre... La campanilla de la puerta repiquetea alegre, y un mandadero entra portando un telegrama cuyo papel azul rasga con mano trémula el esposo. Es un despacho de la madre anunciando su decisión de venir al lado de su hija.

El mandadero recoge el recibo y se aleja, indiferente y veloz, preso en la cartera el paquete de papeles azules, que llevan á hogares desconocidos quién sabe cuántas alegrías y cuántos dolores.

Pasados tres días, Sarita regresa á su casa. La enferma experimenta al verla un acceso nervioso y le anuncia la llegada de la abuelita.

—Ahora me tienes que querer más... ¡Mira que ya algo de tu madre está bajo la tierra!

Pero Sarita no comprende y, sin comprender, llora.

—¿Cuándo vendrá la abuela?

La madre responde que pronto; y en ese instante penetran en la estancia los papás de Luisito, quienes traen á la enferma disculpas de la mamá de Raúl:

—Ella no ha podido venir: está ya tan adelantada... Pero quiso que sus niños viniesen.

Ruidosamente hacen irrupción en la estancia Sarita y Lucía, seguidas de Raúl.

—Mamá, Lucía no cree que la abuelita va á venir.

La señora impone silencio y después atrae á Raúl para mostrarle á la enferma la huella de la herida hecha por su hijo.

—Mire, mire usted; casi no se nota.

El niño inclina la cabeza apoyándola en el vacío de la pierna cercenada. Al retirarse roza el muñón, la paciente lanza un grito y él retrocede espantado, clamando:

—¡No tienepierna!... ¡Lehan comido la pierna!...

Y se refugia en brazos de la señora, que en vano pretende acallarle para que no le oiga Sarita... Cuando una criada se lleva á los niños, la enferma dice entre sollozos:

—¡Pobrecita, ha de saberlo al fin!

Poco á poco, al influjo sedante de los consue-
los, vase calmando hasta quedar adormecida. Los amigos contemplan emocionados la faz amarillenta y la diestra surcada por líneas moradas, casi imperceptibles, tendida como un ex voto de cera en las holandas del embozo. Luego salen sin hacer ruido.

Los días se suceden con dolorosa uniformidad. La enferma convalece despacio, y los primeros días que abandona el lecho no logra andar con la pierna artificial. Aquel armatoste de cuero y madera movido por resortes niquelados no obedece á su pobre muñón, y cuando el esposo le asegura que serán todas las dificultades vencidas, ella sonríe, sonríe incrédula. Transcurrida una semana, ya marcha torpemente, sin ayudarse con muletas. Y al mes, cuando la llegada de su madre es un hecho, sólo un leve vaivén acusa la terrible catástrofe. La abuela, luego de un viaje dos veces penoso, por su duración y sus sesenta años, vino por fin una mañana asoleada, y el esposo hubo de subirla casi en brazos. Al ver á su hija comenzó á reír nerviosamente: el llanto de la mutilada y su risa temblaban en la estancia, aún llena de los gritos jubilosos de los muchachos.

—¡Sara, mi Sara, cuánto habrás sufrido!... Pero ya estás bien, ¿verdad?... Dime que ya estás bien.

El esposo intervino:

—Vamos, luego tendrán tiempo de hablar, déjela ahora; venga conmigo y con Sarita.

Y salen. Desde entonces la enferma tiene que multiplicar sus argucias para que la madre no sepa la terrible verdad. Todas las noches, después de acostarse, hace que el esposo esconda dentro de un baúl, en la contigua habitación, la pierna, y por la mañana, antes de que la abuela despierte, torna á recobrarla. ¡Oh! ¡Si ella pudiera dejarla marchar con la otra hermana sin darle este dolor! Á su edad—sesenta años pródigos en trabajos y en sufrimientos—las emociones fuertes pueden ser fatales. Y así, la triste, tiene que esquivar los abrazos que tanto desea, rehuir toda caricia, por temor de que las solícitas manos adquieran la trágica convicción negada á sus ojos. Pero la abuela, feliz con sus dos nietos, parece olvidarse de todo. Unas veces se la ve por la galería, perseguida por Sarita, deseosa de jugar con ella á las muñecas, y otras sentada en una mecedora, sosteniendo en el regazo al niño pequeño, que tiende las manos hacia el brillante medallón donde sonríe el abuelo difunto, ó ahuyentando dulcemente á Sarita, obstinada en palpar la cabeza blanda y mantecosa de su hermano.

—Déjame, déjame, abuelita.

—Al niño no, házmelo á mí... Ven acá, Sarita. ¿Verdad que tiene la misma cara de su madre?... Los que aseguran que se parece á tu papá no saben lo que dicen.

Muchas veces el esposo las oía platicar, y prendido en la gracia ingenua de la plática, se quedaba oculto escuchando ó iba, lleno el rostro de risa, á contar á la mutilada la conversación.

—Abuela, ¿es cierto que Isabel, la hermana de Raúl, se marchó al cielo?

—Sí, es verdad.

—¿Y cómo es el cielo?

—¿El cielo?... El cielo es azul y muy grande.

—Será como el Parque. ¿Y los ángeles cómo son?

—Niños con alas, con alas de palomas blancas.

—¡Ay! Ya sé: en un baile yo vi una niña vestida con alas. Sería un ángel que bajó á jugar...

La abuela sólo proyectaba pasar quince días con su hija y ya eran pasados diez desde el de su llegada. Todo parecía favorecer el piadoso deseo de la enferma, cuando una mañana, al levantarse, encontraron á la anciana desmayada delante del baúl y al niño pequeño, junto á ella, chupando uno de los resortes plateados de la pierna.